

Homilía de II Domingo de Pascua

Año litúrgico 2016 - 2017 - (Ciclo A)

“¡Paz a vosotros!”

Introducción

Hay muchas maneras de dar respuesta a la gran pregunta humana de qué será de nosotros después de la muerte, qué nos espera o qué debemos esperar tras ese terrible oscurecimiento de nuestra existencia. *Los cristianos creemos que resucitaremos con y como Cristo*, que fue el primero en ser llevado a una vida humana en plenitud después de su muerte. Para la fe cristiana, los muertos no existen. Como Cristo, pasaron por la muerte y resucitaron. Nosotros creemos que pasaremos por la muerte y seremos resurrección, vida plena en el ámbito misterioso de la plenitud de Dios”. La diferencia con Cristo no debe ocultar la identidad fundamental, tan acentuada por san Pablo: “si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado” (1 Cor 15,16).

Que nadie intente buscar pruebas físicas, de un hecho que no es físico. Cristo no volvió a la vida que tenía anteriormente, no es un “revivificado”, sino que ha adquirido una “nueva vida”, y ésta no se puede captar con los sentidos. De ahí que resulte muy normal la postura de duda de Tomás. Todos sentimos lo mismo. Sin embargo no siempre nos comportamos con esa misma lógica, porque tampoco nadie ha palpado con las manos la justicia, la bondad, la verdad, el amor, la autenticidad, etc., y sin embargo son valores tan evidentes para nosotros y tan importantes en nuestra vida, que los humanos no podríamos vivir sin ellos.

Pues bien, en un mundo en el que la estima que cada uno recibe de los demás está en relación directa con los bienes económicos que posee, *los cristianos celebramos hoy todo lo contrario: la fiesta de la gratuidad, de la misericordia, del dar sin esperar nada a cambio. Porque eso es la resurrección.* Toda ella es un acto de misericordia de Dios, que ha dado gratuitamente lo máximo que se le puede dar a un ser humano: no sólo que supere la muerte, sino también hacerlo llegar a la vida humana plena.

Jesús aparece en medio de sus discípulos y les enseña las manos y los pies. Esto parece una prueba irrefutable. Pero los evangelios no pretenden mostrar palpablemente un cuerpo resucitado, porque esto no es posible. Utilizan todas esas imágenes con otra intención bien diferente: indicar sin ningún género de duda que Jesús es realmente un Viviente, no una fantasía creada por algunas mentes. Además, que este Viviente no ha sufrido una aniquilación de su identidad, sino que por el contrario la identidad gloriosa que ahora disfruta conecta armónicamente con la que tuvo cuando vivió con ellos.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 42-47

Los hermanos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado, y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.

Salmo

Salmo 117, 2-4. 13-15. 22-24 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia

Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. R/. Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó; el Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación. Escuchad: hay cantos de victoria en las tiendas de los justos. R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 1, 3-9

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva; para una herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada en el cielo a vosotros, que, mediante la fe, estáis protegidos con la fuerza de Dios; para una salvación dispuesta a revelarse en el momento final. Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un Poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor

en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe: la salvación de vuestras almas.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-31

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto». Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Pautas para la homilía

La misericordia de Jesús de Nazaret

Jesús fue enviado por el Padre misericordioso a vivir en continua actitud de misericordia. Y así lo hizo. Anunció el reino de Dios a los pobres y los defendió, denunció y desenmascaró a los opresores, y por ellos fue perseguido, condenado a muerte y ejecutado “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda la vida por mi causa, la encontrará”. La “causa de Jesús” invita a una misericordia total, puesto que desplaza el eje de la preocupación por la supervivencia de uno mismo para centrarlo en la preocupación por la supervivencia de los otros. La resurrección se enfrenta, por tanto, a una mentalidad como la del mundo actual, cuyo único centro de interés es el propio individuo.

La resurrección de Jesucristo indica que el Abba es el Dios de la misericordia y de la gratuidad

La resurrección es algo que se recibe como don gratuito del Dios de la vida, y que debe darse con el mismo altruismo. No es algo que se merezca, se gane o se conquiste; no es un derecho que podamos reivindicar o exigir los humanos; no es “natural”. La resurrección nos muestra cómo es el Dios de Jesús, nuestro Dios. Los primeros cristianos transmiten su fe en un Dios que es amor infinito, que no abandona a los seres humanos ni siquiera ante la muerte. La resurrección habla de un Dios del que uno se puede fiar plenamente. El proyecto de este Dios misericordioso no es hacer un ser humano destinado a la muerte, sino a la vida plena y definitiva, comunicándole su propia vida. Tal es el designio del Padre y la obra mesiánica de Jesús, que se somete a la experiencia de la muerte injusta, precisamente porque tiene una confianza absoluta en que su Dios es misericordioso y restablecerá la justicia.

Dios muestra su misericordia restableciendo la justicia atropellada por las injusticias humanas

Niños, y también hombres, mujeres, ancianos inocentes son asesinados inicuamente todos los días por “daños colaterales” o mueren a causa del hambre perfectamente solucionable. En Jesús crucificado se encuentra una promesa para los innumerables crucificados de la historia. Jesús, el Resucitado, es el Crucificado, que cuando se aparece muestra sus llagas. Dios resucitó a Jesús y desde entonces hay esperanza para las víctimas. La resurrección es la esperanza de que las injusticias de los hombres no triunfarán para siempre.

La fe en la resurrección impulsó a los apóstoles a practicar la misericordia

Todos los relatos de las apariciones de Jesús resucitado terminan con un mandato dirigido a los que, como resultado del convencimiento, se han convertido en testigos. Es necesaria también nuestra participación para que se produzca la resurrección de los hombres.

Creer en la resurrección no sólo es creer en el Dios de la misericordia, sino practicar la misericordia. A cada acto de fe en la resurrección debe responder un acto de justicia, de servicio, de solidaridad, de amor, de misericordia. Los resucitados hemos de ser resucitadores ya desde ahora. Estamos llamados a comprometernos a que desaparezca todo lo que hay de muerte a nuestro alrededor (muerte física, hambre, enfermedad, destierro, soledad, etc.). Los miles de víctimas que a diario en nuestro mundo sufren el mismo destino doloroso que el Crucificado, han de empezar a disfrutar, con nuestra colaboración, de una nueva vida. Sólo así podemos dar testimonio de que la resurrección no es una mentira en la que no creemos nada más que de palabra.

Convertirse a la misericordia y a la gratuidad lleva a practicar la paz y el perdón

Creer en la resurrección significa convertirse a la gratuidad y a la misericordia. El evangelio de hoy nos muestra dos ámbitos en los que podemos practicar la misericordia, la gratuidad: el perdón y la paz.

a. “¡Paz a vosotros!” son las primeras palabras que Jesús glorioso dirige a sus discípulos reunidos. No es un simple deseo, sino que Jesús da realmente la paz. Los cristianos tenemos la misión de “pacificar la existencia”. Donde hay deterioro, pérdida o supresión de algo, allí hay violencia. Y nuestra sociedad de consumo es pródiga en innumerables y enormes violencias. No hay metro cúbico de la atmósfera, de la tierra o del mar que no sufra nuestra agresión. Deterioramos muchos valores como la justicia, la solidaridad, la lealtad, la autenticidad, la esperanza, la verdad, la vida familiar o la democracia. No tenemos inconveniente en degradar o liquidar de la existencia al mismísimo Dios. Las desigualdades sociales y económicas son expresión de una gran violencia: unos hombres estamos preocupados por nuestras abundantes grasas, mientras que otros se mueren de hambre. En todas las violencias, las comunidades cristianas debemos aportar la pacificación.

b. Ligado a la paz está el perdón. “Per–donar” significa “donar o dar con creces”. Dios, el Padre del hijo pródigo, es el ejemplo de cómo hay que ir muchísimo más allá de lo que es justo. Los discípulos vieron a diario que Jesús de Nazaret actuaba de igual manera que el Padre: su bondad no tenía límites. La

comunidad de los cristianos somos enviados a dar con creces allá donde estemos. Así ejerceremos el perdón y la reconciliación allá donde haya violencia y enfrentamiento.

No es posible una visión individualista de la resurrección de Cristo

La sociedad de consumo de los países ricos centra toda su atención en el individuo y en su propia satisfacción. También cuando los cristianos pensamos en la resurrección, tenemos la tentación de reducirla a "mi" particular destino definitivo, a "mi" resurrección, a "mi" plenitud. Pero nada hay más ajeno a la resurrección inaugurada por Jesús que esta visión individualista. Porque Jesús no fue resucitado aisladamente, sino como "el primogénito de muchos hermanos", como el "primero" de todos, no como el "único". Por eso, la plenitud que Él ha alcanzado incluye, como una exigencia necesaria, que también todos los humanos alcancen su plenitud. Cristo ha resucitado como aquel que resucita. Por eso tiene sentido hablar de la resurrección al final de los tiempos, que quiere decir que cada uno de los muertos encontrará su plenitud cuando la alcancen todos los seres humanos de todos los tiempos. Por consiguiente, tener como único anhelo llegar a la propia plenitud como un individuo aislado, no es ésa una esperanza nacida de la resurrección de Cristo.

La cena del Señor como alimento de nuestra misión de resucitadores

Celebrar la cena del Señor en común era un refuerzo para alimentar la fe en que Jesús es un Viviente, la esperanza en la resurrección, y el compromiso de ser resucitadores, actitudes todas ellas siempre amenazadas por el desgaste y el miedo a la muerte y a los que matan. Pero en aquellas celebraciones de la cena del Señor se practicaba lo que hoy nos dicen los Hechos de los Apóstoles: la unión fraterna en partir el pan y en las oraciones. Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común; vendían las posesiones y haciendas, y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno. Todos los días acudían juntos al templo, partían el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios. ¡Qué diferente debió de ser la comunicación de bienes que había en aquellas celebraciones de la iglesia primitiva y la que existe ahora en nuestras misas!

Lo inadecuado de la liturgia de exequias con la misericordia de Dios

El concilio Vaticano II dice: "el rito de las exequias debe expresar más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana". Las rutinas teológicas, litúrgicas y las costumbres hacen que las cosas sigan igual que siempre, porque consideran la muerte y todo lo que la rodea al margen de la resurrección de Jesús y de lo que hoy sabemos de ella.

Como señala Queiruga, el ritual de difuntos actual da a entender que nosotros somos los buenos y misericordiosos, que nos esforzamos por conmovir y "propiciar a un dios cruel, justiciero y terrible", que la misericordia de Dios depende de nuestras plegarias. No aparece con claridad lo que tenía que mostrar esta liturgia: que el amor resucitador de Dios es primero, gratuito e incondicional. Su estructura más común es: "escucha nuestras oraciones... y haz que nuestro hermano...". El resultado es demasiadas veces chocante: "abre tus oídos al clamor de nuestra súplica y que tus ojos se compadezcan..."; "ten misericordia... para que no sufra el castigo"; "no seas severo en tu juicio"... Por otra parte, permanecen oraciones que implican que es Dios quien manda la muerte, reforzando una visión que, atribuyéndole el mal, puede resultar hoy insoportable y traumatizante: "a quien acabas de llamar de esta vida", "aunque no comprendemos por qué quisiste privarnos tan dolorosamente de la presencia de nuestro hermano"...



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Evangelio para niños

II Domingo de Pascua - 23 de abril de 2017



Apariciones a los discípulos

Juan 20, 19-31

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: -Paz a vosotros. Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: -Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: -Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: Hemos visto al Señor. Pero él les contestó: -Si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. A los ocho días estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: -Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Contestó Tomás: -¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: - ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

Explicación

A los ocho días de resucitar, Jesús se apareció a los apóstoles, pero faltaba uno Tomás. Al llegar él, le contaron todos a la vez lo de la aparición. Pero Tomás les dijo: -Explicádmelo todo lo que queráis, pero si no toco sus heridas de las manos y del costado, no creeré que es él. Ocho días después llegó Jesús y le dijo a Tomás: -¿Toma mis manos y mi costado. Tomás exclamo: -¡Señor mío y Dios mío! Y Jesús le dijo: -¿Has tenido que ver para creerme? Mejor habría sido que hubieras creído en sus palabras.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA – “A”(Jn. 20, 19-31)

NARRADOR: Estaba anocheciendo. Por la mañana corrieron rumores de que el cuerpo de Jesús había desaparecido del sepulcro. Pedro y Juan lo confirmaron. ¿Será verdad que ha resucitado? Los discípulos se han reunido en una casa... Tienen miedo a los judíos. Han cerrado bien las puertas. De pronto...

JESÚS: ¡Paz a vosotros!

APÓSTOLES: ¡Es Él! ¡Es Jesús! ¡Ha resucitado! ¡Era verdad!

JESÚS: ¡Paz a vosotros! Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo... A quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados... y a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

NARRADOR: Jesús desapareció de su vista. Al momento se oyeron unos golpes en la puerta. Alguien llamaba. ¿Quién será...? ¡Es Tomás!

TOMÁS: ¿Qué os pasa? Tenéis cara de asustados.

APÓSTOL 1º: ¡Ha venido el Maestro! ¡Sí, se nos ha aparecido!

APÓSTOL 2º: Sí, sí, ha hablado con nosotros.

TOMÁS: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado... no lo creo.

NARRADOR: Así quedaron las cosas. No pudieron convencer a Tomás de que Jesús había resucitado. A los ocho días estaban otra vez reunidos los discípulos y Tomás entre ellos. Las puertas seguían cerradas por miedo a los judíos, cuando... aparece Jesús.

JESÚS: ¡Paz a vosotros! ¡Paz a vosotros! Tomás: Trae tu dedo, aquí tienes mis manos. Trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

TOMÁS: ¡Señor mío y Dios mío!

JESÚS: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

NARRADOR: Muchos otros signos, que no están escritos en este libro hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Estos están escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios y, para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández